

REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

AÑO VIII VALLADOLID, AGOSTO 1924 NÚM. 45

La Historia Secular y Eclesiástica de Valladolid

de MANUEL CANESI ACEBEDO

(Continuación)

CAPÍTULO CUARTO

En que se menciona lo demas que pertenece a la obra de esta Sancta Iglesia, y se describen las sumptuosas capillas, y vieneshechores que ha tenido hasta estos tiempos.

Prosegua la obra de la Sancta Iglesia Cathedral felizmente, porque el Señor Phelipe Segundo, como amantissimo de Valladolid su Patria, concedio para ella el Privilegio de la impresion de las Cartillas para todos sus dominios, en que deletreando la puericia pueda conocer los primeros caracteres, cuia gracia perpetuo despues con authoridad Apostolica, y aunque en algunas partes las falsifican y contrahacen, con todo esso coadiuba mucho este efecto a la continuacion de su fabrica, de que lleba la cuenta el cuidado, y asistencia del vn capitular del Cabildo, y tambien la concedio diez, y seis maravedis en cántara de vino de lo que se consume en esta Ciudad, que se ha prorrogado hasta nuestros días, y paga el gremio de Herederos de Viñas, de la facultad de ocho mill, soldados, por vna porcion de dinero, que para esto le dio el Cavildo, con lo cual se ve oy muy adelantada la obra, passandose para su logro el año de mill, seis-cientos, y veinte, y seis a celebrar las Horas Canonicas a la Parroquial Iglesia de la Antigua, en el interin que se componía

decente sitio para su solemnidad en la suia, (fol. 39 v.º) donde estuvo cerca de año, y medio, y fenecida vna de las quatro Torres, que ha de tener (que estaba mediada y segun la primera idea la falta vn cuerpo) el año de mill, setecientos, y seis, a veinte y nueve de Octubre, el VII.º S.ºr Don Diego de la Cueva y Aldana, su meritissimo Obispo, consagró, y vendixo las campanas, y en el de mill, setecientos, y treinta, se prosiguió la segunda Torre, en correspondencia, hasta los dos cuerpos, para el empujo de la Yglesia, y se acabo la Portada, y el Frontis principal de ella, adornada con la Efigie de Marfa Santissima en su Asumpcion gloriosa, su Titular, y con los quatro Sagrados Doctores, y vn Atrio con su Regería preciosa.

En el cuerpo de la Iglesia (que solo esta mediada) ay ocho Capillas, y los dos Altares, que bienen a servir de colaterales, en que se veneran dos Crucifixos, trasladados de la Yglesia antigua, y son hechuras exzelentes, como tambien los entierros que ay en las Capillas, y es la primera de mano idquierda la que sirbe de Parroquia, y esta dedicada a San Juan Evangelista, adornada con nuebo Retablo desde el año de mill, setecientos, y diez, y seis, en que este y otros doró al vsso de aora Santiago Montes, y se concluieron otras obras de menos calidad; pero todas primorosas, y de mucha labor.

La segunda esta dedicada a nuestra Señora de los Dolores, y en ella ay otra Imagen, con el título de nuestra Señora de la Teja de summa devocion, y es noticia heredada de unos en otros, que en este sitio nació el V. P. F. Simon de Rojas, cuja vida dexo escrita en el libro tercero, tratando de la fundacion del Comvento de Trinitarios (fol. 40) calzados de esta Ciudad, y por esto al lado de la Epístola ay un Quadro en que está el Siervo de Dios pintado, y al del Evangelio vn Retablo de maderá, dado con vn matiz que imita con destreza el jaspe, y en medio de él ay vna Arquilla, y debaxo vn rotulo, con letras de oro, que dice assi.

Aqui lace el honrrado Cavallero hijodalgo, el Senor Iuan Belarde, Fundador de esta Capilla, Vecino que fue de esta Ciudad de Valladolid, y originario de las Villas de Castroxeriz, y de la de Santillana, en el Principado de Asturias, dotó y fundó diferentes Memorias y obras pias en esta Sancta Iglesia, y Ciudad, de Valladolid, y en las dichas Villas de Castroxeriz, y Santillana, fallecio en 25 de Agosto, de 1616 y se trasladaron sus huesos à esta Capilla, y Sepulcro, en 30 de Agosto, de mill, setecientos y dos.

En la tercera está colocada la devotissima Imagen de nuestra Señora del Sagrario, cuia antigüedad y Artifice se ignora; y solo se sabe que en el Archivo de esta Sancta Iglesia se conserva una vreve relacion, del modo que se manifestó, y fué hallada para la publica veneracion, que en la substancia dice assi.

El año de mill, seiscientos, y dos, en que residía el Rey Don Phelipe Tercero con su corte en Valladolid, sucedió que vn Miercoles trece de Marzo por la tarde, estaban trabaxando vnos Alarifes en la Capilla de S. Iuan / (vo.) de esta Iglesia, para trasladar a ella el Sacramento, y Parroquia, que hasta allí estuvo en la de S. Miguel del Templo antiguo, y pasando ellos a esta, para sacar la Caja de los Sanctos Oleos, y colocarla en la de S. Iuan, estando como embutida el Arca en vna pared del arco, que llamaban del *Ecce homo*, por vna pintura que en aquel sitio se veneraba de este misterio, encima de vn bulto de marmol, de alguno de los Abbades de la Iglesia Colegiata, precisandoles à deshacer vn tabique, para franquear el Arco, descubrieron vn hueco en la misma pared, y en vna vassa de piedra, que nacía de la pared del Arco, que caía acia el Altar de la misma Capilla, se halló esta Sancta Imagen de nuestra Señora, sin saber quien la hubiesse depositado allí, ni el tiempo, ni la causa, y solo se discurre, que algun devoto la ocultó en aquel retirado lugar, con el recelo de que diese en manos de los Moros, enemigos de las Sanctas Imagenes de Christo, y su Madre, que aunque desde que se les ganó a Valladolid reynando D. Alphonso el Sexto, no se bolbió á perder, debieron otra vez

intentar su conquista, y precabidos los nobles Vallisoletanos, por no arriesgar tan soberano tesoro, le ocultaron en aquel sitio para maior seguridad, o sería por otro accidente, que no se ha podido descubrir.

La soberana Reyna de los Angeles estaba quando la hallaron muy llena de polvo (señas de haber estado en aquella obscuridad muchos años) y maltratada en diversas partes, prueba de su antigüedad, el varniz del (fol. 41) rostro algo deslustrado, y la vista siniestra al parecer abrasada, o fuese que poniendo alguna vela, por descuido se arrimó a aquella parte de la Sancta Imagen, ó por otro motivo que no se sabe; pareció su divina Magestad fabricada de piedra franca, y como sentada sobre vna a modo de arquilla, pintada de verde, con vna almohada de color carmesí, y a sus pies otra del mismo color, manteniendo en el brazo izquierdo al niño Dios, los cabellos de Madre, y hijo dorados, y el color del bestido muy semejante al marmol, matizado con flores de Primavera, y orla de oro, con las bueltas, ó aforros azules, que todo representa Magestad, y muebe a devoción, y son las dos Efigies de talla de gran primor, y destreza, y de cuerpos pequeños.

Descubierta tan rara maravilla, salieron los que la hallaron publicando con regocijo, y voces su felicidad, con que todos los que estaban en la Iglesia concurrieron a la Capilla, y el Cura Parrocho, que a todo asistió, avissó a los Prevendados, que estaban en el Choro, y concluidas las completas, ansiosos, y devotos pasaron á ver lo que les anunciaba el general jubilo, y ya tenían la Sancta Imagen fuera de la varra, en que fue hallada, muy limpia, y patente al respeto, y veneración de todos, con que creciendo el concursso, por haber volado por toda la Ciudad el feliz hallazgo, se impedían vnos a otros para adorarla, a cuió tiempo estaban en el Claustro de la Iglesia antigua, donde todo esto sucedió, los Musicos, que oiendo lo que pasaba (fol. 41 v.º) entraron devotos a ver la Ymagen, y para principiar los reverendos cultos, que despues la había de tributar el Cavildo de la Sancta Iglesia, y todos los pechos Catholicos, la

cantaron vna solemniſſima Salve, con que atropellandose la Cortesana Pleve, en el discurso de vna hora, assi de Señores de la primera distincion, Ministros y Eclesiasticos, como de gente popular, ya no cabían en el sagrado templo, y llegando a los piadosos oídos del Rey D. Phelipe Tercero, y su cara esposa D. Margarita, el vullicioso gozo de tan soberano hallazgo, embiaron sus Magestades al Marqués de S. German, Gentil-hombre de camara para que le participase ciertamente lo que en la Matriz sucedía, y asegurado aquel Caballero de la milagrossa aparición, le dio individual noticia de ella el Cavildo con dos de sus Prevendados, y al mismo tiempo al Ill.^{mo} S.^{or} D. Juan Vap-tista de Azevedo, meritissimo Obispo de esta Ciudad, por voz del D.^{or} Blaños, y el D.^{or} Benito de Castro, con que fue superior la alegría de aquellos Monarchas, y de su Ill.^{ma} por muchos días.

Luego que anohecio aquel día, el Señor Obispo movido de la devocion, passó a ver a la Sancta Imagen, y la adoró tiernamente, y por entonces no permitio se hiciese otra demostracion, y dio horden de que la Iglesia se cerrase, y aunque eran las diez de la noche, la commocion del concurso no lo consintio; pero al fin aunque tarde se llegó a lograr, hasta que asomó la (fol. 42) Aurora el día siguiente en que se franquearon las puertas, y ocupó la Iglesia inmensidad de gente, ofreciendo cosas de cera, vultos, velas, y otros dones, en que sobresalía no tanto el precio, quanto el afecto, y juntandose el S.^{or} Obispo con el grave Cavildo, acordaron se colocasse la Sancta Imagen en vn Trono muy decente, dando el título de nuestra Señora del Sagrario, por las circunstancias de su hallazgo, y allí estuvo algun tiempo venerada de los Fieles; pero quien mas explicó su amor a esta soberana Reyna, fue el Ill.^{mo} S.^{or} D. Iuan de Torres, Osorio, Presidente que fue de la Real Chancillería, y Octavo Obispo de esta Sancta Iglesia, que por la tierna devocion, que manifestó a esta divina Emperatriz de tierra, y Cielo, en el testamento que otorgó en esta Ciudad, á catorce de Septiembre, de mill, seiscientos, y treinta, y dos, mandó cien ducados de

renta a su Capilla, de sus bienes patrimoniales, y la instituíó heredera de vn vinculo que fundó á favor de vn sobrino suio, en caso de no tener sucesion, y quiso que de la Sancta Sede Apostolica, se solicitasse la gracia del rezo particular, para que todos los años se celebrasse su aparición, y que el gasto se sacasse de sus bienes, y assi lo executó el Cavildo, y la alcanzó para solemnizar el Oficio annualmente el día trece de Marzo, en que se descubrio a los ojos de los Catholicos, en la Matriz, doble de primera classe, y en el Obispado doble maior, y porque la fiesta redundasse en veneficio de los nece (42 v.º) sitados, dexó tambien dispuesto, que en el mismo día se dotasen dos huerfanas, cada vna a cien ducados, y que lo restante de los reditos de su hacienda se combirtiesse en Misas, que se aian de decir en la Capilla de nuestra Señora, asignando cinco reales de limosna por cada vna.

En este sitio estubo tan admirable Simulacro, hasta el año de mill, seiscientos, y sesenta, y ocho, en que el Cavildo trasladó el Sanctissimo Sacramento a la Iglesia nueva, y entonces executó la misma solemnidad con la Imagen de Marfa Santissima del Sagrario, colocandola con la maior grandeza que obserba hasta oy la devocion en su culto, y registra el mas lince cuidado en su obsequio, y como de toda la circunferencia van a parar al centro las líneas, así siendo el centro de los Moradores de Valladolid la Sancta Iglesia Cathedral, acudieron á ella, como en su aparición, ansiosos de toda la circunferencia, nobles, y pleveios, hombres, y Mugerres, Ecclesiasticos, y Seglares, y lleno en vrevissimo termino todo su vasto espacio, se hizo patente entre muchas antorchas la prodigiosa Efigie de esta celestial Madre de los pecadores, entronizada con gran jubilo de las almas, y solemnissimas fiestas, en vn Retablo dorado de la Capilla, en que oy se ostenta a la publica devocion, la que cada día se augmenta mas, y mas, cortejandola con preciosas Lamparas de plata, Joyas, y bestidos de seda de muy costosso valor, y cada año en el día que corresponde al de su descubrimiento, continua el Cavildo en su festiva memoria, pre-

dicando sus excelentes cir- (f. 43) cunstancias uno de los mas sutiles ingenios de las Religiones que honrran esfa Ciudad, sin haber perdido el título de nuestra Señora del Sagrario, por mantenerse en su Capilla el Santissimo Sacramento, y todos los días fenecidas las vísperas, rezan los niños de choro con reverente gozo, y devocion en su presencia el Sancto Rosario, y Letanía, que ofrece vn Capellan, y de esta sagrada Imagen escribe (aunque no con las extensas circunstancias que yo) el P. Iuan de Villafañe, de la Compañía de Iesus, Maestro de Theología que fue en su Colegio de Salamanca, y su Rector, en el Compendio Historico, que dio a luz el año de mill, setecientos, y veinte, y seis, de las milagrosas Imágenes de la Reyna de los Cielos, y tierra María Santissima, que se veneran en los mas celebres Santuarios de España, al Folio 504 y 505.

Sobre el Arco que fue Custodia muchos años de esta Sacrosancta Reliquia, fueron colocados dos cuerpos Sanctos, vno es el de S. Mauricio insigne Martir de Christo, dadiva de Magdalena de S. Geronimo, virtuosa Matrona, a quien la Infanta D. Isabel, hija del Rey D. Phelipe II. y gobernadora de los Estados de Flandes por su Padre, regalo con los de otros sus compañeros, que aseguran están aquí, y el otro de S. Pascasio, o Pasqual, que dio el Cardenal D. Francisco Gomez de Sandoval, y Rojas, primero Duque de Lerma, y las vullas de estos dos Sanctos, se archivan en esta Matriz, con otras muchas Reliquias.

La Quarta Capilla esta dedicada al Sancto Rey D. Fernando, es fundacion antigua, en que se cumplen algunas Memorias, y Capellanías, que con el Patronato (que es muy honrrado) y Maiorazgo, gozó D. Alphonso de Santiste (42 v.º) van, Capitan que fue de Infantería, y despues su hijo del mismo nombre, Regidor de Valladolid, y Secretario de Camara en la Sala de Alcaldes de hijosdalgo de la Chancillería, por merced del Ex.º S.º Duque de Medina Celi, de quien es la propiedad de este oficio, y la casa que hace esquina junto al Comvento de Velem, este Cavallero fallecio en veinte, y quatro de Noviembre

de mill, setecientos, y quarenta, y dos, y por no dexar succion, recaió su Maiorazgo en D. María Santisteban su hermana.

Síguese el Altar que viene a servir de Colateral, y esta antes de entrar en la Sacristía, y en él se venera vn Christo crucificado, con el título del Consuelo, de antigua hechura, y summa devocion.

En correspondencia de estas Capillas ay a la mano derecha, como entramos por la puerta principal, prosiguiendo esta memoria a la redonda, otro colateral en que se reverencia al Sancto Christo de las Vatallas, y en él está fundada la cofradía de la Espiga, instituída con algunas memorias por el Conde D. Pedro Ansués, las que hasta oy se cumplen, con la regalía de ir delante del Cavildo en la Procesion el día de Corpus Christi, y después se han fundado algunas Capellanías en él.

Continuando por esta vanda está inmediata la Capilla de Sancta María Magdalena, en que se lee vna inscripcion que dice: *D. Magdalena de Salcedo, Muger de Iuan de Santisteban, Escrivano de Camara de la Real Chancillería de Valladolid, dotó esta Capilla, y fundó en ella tres Capellanías año de 1595. falleció año de 1608.*

Después de esta Capilla se vé la del Patriarcha S. Joseph, que no está dotada. (fol. 44).

Inmediata a esta la de S. Pedro, que tampoco está dotada.

Y cierran las ocho Capillas con la de S. Miguel, que viene a ser la primera de mano derecha entrando por la puerta principal, y no tiene dotacion.

Ay otra Capilla separada en consideración de que ha de proseguir la obra hasta concluir perfectamente la Iglesia, y su Crucero, que entonces hara correspondencia con las que se han de fabricar, el Author de ella fue el D.^{or} D. Iuan de Arca, Canonigo Magistral de esta Sancta Iglesia, Cathedratico de Prima de Durango, y en ella dexó algunas Memorias, por los años de mill, seiscientos, y setenta.



El Iberismo de Eugenio Noel

Un nuevo libro de Eugenio Noel, *España nervio a nervio*, recientemente publicado y cuya lectura nos ha servido de espiritual deleite durante algunos días, viene a avivar en nosotros la antigua admiración sentida por este gran artista, convidándonos a trazar una glosa a propósito de su labor.

Noel tiene, sobre tantos y tantos méritos, el para nosotros esencial de ser el más hispanista de los escritores españoles. Con poseer una cultura tan vasta—que muy pocos igualan, a buen seguro—, un tan marcado dominio de la expresión, y facilidad tan pasmosa para dotar cuanto escribe de ese inefable encanto atrayente que llega a convertir en interesante hasta lo de tema baladí, su mayor mérito está, a nuestro modo de ver, en el neto españolismo que imprime a sus escritos. Y ese sentido genuinamente nacional, esa constante preocupación ibérica de que se ven henchidas sus crónicas admirables, es el fiel reflejo del ambiente, del paisaje, del alma racial perdurables, vistos al través de un temperamento de tan alquitarado idealismo como el suyo.

Nadie como Eugenio Noel puede hablarnos del pasado y del presente españoles con tan certero y acabado conocimiento de causa. Viajero infatigable, Noel ha recorrido y recorre casi toda España, principalmente Castilla, con sus largas melenas y sus ideas hondas captando el alma de la raza, cuyos vestigios del pasado y cuyo devenir presente palpita en sus apartados y oscuros pueblos milenarios. A esos lugares lleva Noel su inquieto espíritu, tan abierto a todas las nobles realizaciones; y su palabra, entusiasta y convencida, que flagela los defectos y alienta lo meritorio, es alimento espiritual que generosamente concede en sus conferencias. Semejante labor—apostolado y cruzada—que comenzó hace años, sería bastante en otro país

para premiar debidamente a pensador como Noel, que, lejos de claudicar en su ideario y adaptarse a concesiones acomodaticias mercantilizando su literatura para obtener materiales beneficios, persigue en un empeño, romántico y patriótico como pocos, que consiste en descubrirnos nuevos aspectos y desconocidos rincones donde aparece el virtual poder latente del suelo y los hombres. Esta su exaltación de los verdaderos valores hispanos no es comprendida como debiera, si bien el nombre de este gran escritor es más admirado de día en día por todos los que ansiamos la completa y definitiva renovación española, que vemos en él uno de los pocos cerebros capacitados para tratar del problema español en todos sus aspectos, no de esos escritores de gabinete que nos hablan de grandezas, de lugares, de motivos ancestrales y de imperativos de raza que no han visto ni estudiado ni pueden sentir con intensidad verdadera.

Conocer es amar, y Eugenio Noel, que conoce lo mejor de España por haber hollado sus caminos, visitado sus lugares, convivido con sus gentes; que ha buceado como nadie en sitios famosos, en monumentos célebres, descubriendo la identificación de todo ello con el valor geográfico y el sentido histórico, él es el arquetipo del genuino amante de su patria, que insuperablemente honra y enaltece. El *iberismo* de este incansable viajero, que nosotros conocimos hace años en su visita al famoso pueblo donde culminó la locución de la raza—Argamasilla—y otros lugares manchegos célebres, adquiere plenitud en este su último libro nombrado al comienzo, en el que se brindan al lector cuarenta y tantas admirables crónicas, que muestran la intensidad del aguafuerte, de lugares y momentos españoles por él vistos y vividos.

ANGEL DOTOR



ESTE ES EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

PARA LA SEÑORITA LIANA: TRES ABRILES

*Merlín el encantador
nació de hada y ruiseñor.*

Que un cuento cuente me dices, menina,
como me dijo cuando chiquitina
tu madre hablaba con su medio hablar.
Oye este cuento de rosa y espina.
Y éste es el cuento de nunca acabar.

De un colegio de hadas, una
hada núbil se escapó.
Quince mayos, piel de luna,
lirio, estrella... ¡qué sé yo!
Sólo sé que entre su cuna
cierto día despertó,
y, de un salto presuroso,
llegó al bosque misterioso
y en el bosque se perdió.

Inocente el hada era
como espiga de una era
floreceda en primavera.

Tan ingenua y tan bonita
como aquella muñequita
que en la Nueva Tienda está,
que ojos cierra y que musita:
«¡papá!»

Y pasó
que, tan luego al bosque entró,
escuchó

tremolando en la arboleda
una nota musical:
trino o suave hilo de seda,
o frescor de fuente leda
de cristal,
o gotita que se rueda
de un panal.

Y es tan sutil y tan fina
y tan honda y tan de amor
aquella nota divina,
que no sabe el ruiseñor
si es él quien canta, o si trina
la flor.

Y el armonioso beleño
llegó al hada, y le dió sueño.

¿Has visto, Liana, a una estrella
con sueño? La estrella implora,
como fú; pero la aurora
le dice: «¡duérmete!», y ella
se duerme, porque ya es hora.

Pues así durmióse el hada
bajo la nota sutil,
la cabeza en la almohada
de su brazo de marfil.

* * *

Y soñó... ¿Qué soñó?... Que
de su alcor
descendiendo, hasta ella fué
el ruiseñor;

que juntó el pico a su oído,
y le dijo... No, señor,
no le digo yo a tu oído
lo que dijo el relamido
ruiseñor.

Ella tuvo miedo, como
cuando anoche te asusté
fingiéndolo, zebreado el lomo,
a un león de garra en pie.
Tú diste un grito a mi asomo,
y yo el embozo tiré.

¡Qué susto de tomo y lomo,
señora, ¿se acuerda usted?

Pues así. Con miedo, ella
corrió al punto. (Piensa por
supuesto, que la doncella
dormida está; que el pavor
es en sueños; que a una bella
no la espanta un ruiseñor,
por más que, al oído de ella
el pico, le hable de amor.)

Y el ruiseñor la seguía.
Y decía:

—¡Virgen real!

¿Por qué brillas como brilla
de la rosa en la mejilla
el relente matinal?

—Mira, al verte, la mañana
cómo al punto se engalana
de arrebol!

Cómo aquel rayo se afana
por besarte, y por tu grana
tu boquita busca el Sol!

Ella, esquiva, dícelé:
—Calla, pájaro, no digas
cosas malas que no sé,
No me sigas, no me sigas.
Pajarito, cállaté.

Mas el Príncipe cautivo
en cuerpo de ruiseñor

iba siempre ágil y vivo
tras ella, de flor en flor.

¿Cómo fué
que ese gnomo...? ¡Yo no sé!
Ese gnomo, desprendido
de algún nido
quizás fué.

Era un gnomo chiquitín,
primo hermano de Pulgar.
Gualda veste, y un chapín
rojo, y otro azul de mar.

Es quien lleva a los señores
Reyes Magos el papel
donde los niños mejores
piden oro, mirra y miel.
Son dos ojillos roedores
en un rostro de Noel.

Y saltando sin ayuda
al hombro redondo y bello
del hada, de asombro muda,
habla, y cosquillale el cuello
con la barba puntiaguda.

Y el gnomo le dice: Aquí,
tras el sesgar de esa ruta,
están mis bártulos y
mi gruta.
Si quieres guardarte, allí
tienes leche, pan y fruta.

Y así como
corriste cuando salió
aquel diablo negro y romo
que era yo,
así, con espanto, al gnomo,
volando el hada siguió.

Pavimento que disfruta
de felpa de musgo, boca
de granito, leche, fruta,
muros de cristal de roca,
diamantes por luz: ¡la gruta!

Inundada
de sudor,
oye el hada
goznes de puerta al cerrar;
y, libre del ruiseñor,
tendióse ella a descansar
en la Gruta del Pudor.

El ave está fuera, y toca
sin poder entrar.
Y ella lo ve, con la boca
pegada al cristal de roca,
revolotear.

Y el hada vía el camino
y al alado peregrino
que sus ojos en el lino
de sus alas enjugaba:
al ruiseñor que trinaba
y, en la música del trino,
sollozaba.

Piadosa, el hada, la llave
cogió;
y, al punto, bajando el ave,
penetró.
¿Lástima sólo?... ¡Quién sabe!
Quizás sí, quizás no...
Que eso es grave,
y eso no lo digo yo.

Sólo sé que, después... vino
la noche; que el hada, loca
de penas, vfa el camino
pegada al cristal de roca.

Y ya no hay en el camino
quejumbres de peregrino,
ni un ala las puertas toca.
Y ella, con húmeda boca,
sollozaba ante el camino
pegada al cristal de roca.

Antes tuvo encantamientos,
y ahora...
ahora sólo lamentos.
Antes mandó, y hoy implora.
Fueron dulces sus acentos,
y ahora...
ahora llora, llora y llora...

¿Qué por qué?
No lo sé.
¿Por qué abrió?...
¡Qué sé yo!
Quizás sí, quizás no...

Ya ves que mi ciencia es poca;
que sólo sé del dolor
cuando ella abrió al ruiseñor
el limpio cristal de roca
en la Gruta del Pudor.

Este es el cuento del hada que un día
dejó su lecho por la selva umbría.
Este es el cuento de un falso cantar
que arrulla y sorbe como el falso mar.
Y este es el cuento, chiquitina mía,
de nunca acabar.

SANTIAGO ARGÜELLO



UN AMIGO INMORTAL

Últimos días del Doctor Angélico

Nuestro amigo don Angel Jiménez, fué designado con el sobrenombre de *El Doctor Angélico* por sus compañeros de Facultad. Nos lo refirió don Armando Palacio Valdés, en el prólogo a los *Papeles* de éste, a los que siguieron otros *nuevos* con el título de *Años de juventud del Dr. Angélico*; biografía que ahora ha epilogado áureamente con *La hija de Natalia*, en que se refieren los últimos días del amigo dilecto y simpático.

¿Te será grato, lector, que evoquemos sintéticamente la ideología del buen Angel? He la aquí, en unos cuantos rasgos y notas. A Jiménez lo querían sus camaradas estudiantiles, por ser cordial y llano, aunque adusto en la primera impresión, no obstante que su fisonomía, por naturaleza, era «plácida y sentimental». Las escenas tristes le acongojaban; las horas poéticas, como la del *Ángelus*, llenaban de lágrimas sus ojos; «señal de sensibilidad» que lo hacía atractivo. Lefá mucho, mucho; pasión por el estudio que «era nativa, no accidental», ni debida, por consiguiente, a escasez de medios en las primeras jornadas de su vida para otras distracciones. Por el contrario, notas o apuntes «sólo los escribía para descargarse de sus impresiones, necesidad absoluta que experimentan todos los solitarios», como él lo era. Lo era sin extremos, porque la soledad «tomada en dosis cortas y de un modo intermitente, puede contribuir con eficacia a mejorarnos.» Claro es que en sus años mozos participó del bullicio de las ciudades; sobre todo cuando en determinada época se acogió al periodismo. «Es alegre la profesión de periodista cuando se ejercita sin apremio de dinero», por lo cual la dejó cuando cesaron sus apuros. Y no pensaba entonces

—¡quién se lo iba a decir!—que aquellos enrevesados *Papeles* que escribía para sí habían de llevarlo a la inmortalidad. ¡Así es la vida!

¡Qué sinceras las ideas religiosas de este hombre, que no deja de destocarse al toque de oración ni de musitar una plegaria!... «Dime, amigo—pregunta—; si reniegas de Dios y del alma, ¿a qué te ha sabido el beso que te dió tu madre al morir?» Otra vez escribe: «La fe, en último término, acaso no sea otra cosa que la confianza que el hombre presta a su razón cuando su razón le revela de un modo inmediato la verdad, no por medio de una serie de silogismos.» Respecto a esta vida, tiene «la felicidad de no creer» en ella. «Quiero oír el acento de Dios, quiero ver su mano poderosa», anhela fervientemente. Con reflexión, anota: «La sangre de Cristo nos da la posibilidad de salvarnos, pero no nos da la seguridad de salvarnos.» ¡Y con qué agudeza discurre acerca del símbolo y del culto externo! Siente que prescindamos de éste, porque «no practicamos tampoco el interno. Sólo nos acordamos de Dios cuando tenemos que hablar de Él, o acaso cuando nos aflige alguna desgracia.» Adora en la Virgen María, a la que se encomienda al expirar. Y no obstante lo anterior, o, mejor dicho, *como es lógico*, y a pesar de que el odio le parece degradante, desprecia a los intrigantes y beatos; de aquí que sienta desdén por «el que aguarda en la antesala de un poderoso para obtener una canongía o una mitra.»

El Doctor Angélico amaba a las mujeres; se casó y tuvo la desgracia de perder a su esposa; sin hijos, su paternidad espiritual se derramó tiernamente sobre otros seres, sembrando el bien a raudales. «Lo femenino en el talento» le atrae más que el talento femenino; las niñas flacas que copian a Rafael, le subyugan más que las *Madonnas* de los lienzos. Se cree en el cielo de Mahoma ante una dama de arrogante hermosura; y escribe con melancolía en su *Diario* poco antes de morir, pensando en la deliciosa Mimí Rosal que pudo ser suya antes que de otro: «El cielo hace brotar a nuestros pies algunas florecillas

que hollamos sin compasión para correr deslumbrados hacia otras que allá en lo alto brillan defendidas por agudas espinas: nos esforzamos por alcanzarlas, nos ensangrenamos las manos y al fin venimos sin ellas.» ¿Qué otros pensamientos fulgurarían en quien considera que la estrella del amor «lograría arrancarnos de las dulzuras del no ser»? ¿Qué otros sentimientos habrían de conmovernos en el hermano espiritual de Maximina, Gloria, Cecilia, Julia, Cristina, Natalia, Clarita, Lalita, Mimi y tantas otras encantadoras del «eterno femenino» creado por el glorioso don Armando Palacio? No les encuentro semejanza sino con estos suyos asimismo: «La lucecita de bondad y justicia que alumbra débilmente a nuestra sociedad es lo único interesante de ella.» «Hay algo en la vida digno y hermoso: los diálogos de Platón, la respuesta de Leónidas, la novena sinfonía de Beethoven, los besos de nuestra madre...» «La Naturaleza no produce cosas feas. Es nuestra infame reflexión quien las introduce en la vida.»

¡Oh Doctor, con razón tu egregio biógrafo escribió que eras «la bondad personificada»! Tu etopeya lo muestra así. ¡Que al acogernos nosotros a tu sobrenombre, para andanzas de literatura amena, esa dulcedumbre de tu espíritu y esa luz de tu mente siempre nos guíen por los ásperos senderos!

* * *

La hija de Natalia («Últimos días del doctor Angélico»), contiene el relato final de esta vida de un hombre bueno, espiritual y de clara inteligencia. En verdad, este tomo, como el de los *Años de juventud del Dr. Angélico* («Nuevos papeles del Dr. Angel Jiménez»), ofrece «más bien las memorias de sus amigos que las suyas propias.» En la «Advertencia del editor» de *La hija de Natalia*, Palacio Valdés refiere que entre los papeles de su amigo se encontraban los cuatro cuadernos que entrega reunidos a la publicidad, animado por la benevolencia del público, y en donde se relata la vida que llevó el Doctor Angélico el año que precedió a su fallecimiento; «pero contra lo que

debía esperarse tampoco aquí abre demasiado su alma el doctor Jiménez. Era, sin duda, un hombre poco dado al análisis de lo que pasaba dentro de su espíritu; más inclinado a percibir y saborear lo que veían sus ojos y tocaban sus manos. Su naturaleza, empleando la fraseología filosófica, era más objetiva que subjetiva. Espero que el lector no perderá mucho en ello.» No, no pierde el lector; ni tampoco conque el maestro haya llegado a una edad en que le es «más que difícil escribir libros originales.» Porque gracias a esta «dificultad» poseemos uno de los más bellos libros de la literatura contemporánea española.

¿Os acordáis de la casa de huéspedes de doña Encarnación, en la calle de Carretas? ¿Y de la gente que por allí desfilaba? Entre otros, Pasarón, con fama inmensa en todas las Facultades, que prefería un libro a unos bellos ojos de mujer, y que murió en flor. Sixto Moro, con sus famosas melenas, con gran inteligencia y facilidad de palabra, nuncios del abogado famoso y político de renombre que había de ser el hijo del pobre zapatero de Alcalá de Henares. ¿Y los que rodeaban a este ambiente, desde término más o menos lejano? El General don Luis de los Reyes, de vida tan novelesca y simpática; Martín Pérez de Vargas, dado a la geología, elegante, talentado, y que al salir de la mocedad adquirió «grato tinte varonil», ingeniero del Ejército después, «por temperamento liberal y magnífico», socialista desilusionado... De mujeres, ¡qué mujeres, señor, qué mujeres!... Guadalupe, la viuda brasileña que se casó con el General, a quien conoció en París: «parecía una diosa», tan blanca, tan rubia, con ojos garzos tallados en almendra, y tan desleal... Natalia, la hija de don Luis, de ojos negros y vivos; «la tez finísima, sonrosada, brillante; la boca deliciosa, los cabellos negros y ondulados cayendo graciosamente sobre la frente, una frente estrecha y tersa de estatua griega». Agradecía a Sixto Moro su pasión, pero con nobleza la rechazaba. ¡Qué desgraciado su matrimonio, acelerado, con el Capitán Rodrigo de Céspedes!... ¡Cómo pasma la tragedia que sobrevino, muertos unos, idos otros!...

La hija de Natalia y de Sixto se parecía asombrosamente a su madre y se nombraba como ella. Era hermosa, robusta, cabellos ondulados, tez morena, sonrosada; resolución en sus ademanes, graciosa impetuosidad en su genio... Sixto logró que pasara por hija natural suya «y de una pobre mujer soltera de Alcalá de Henares, que mediante dinero se avino a tal supercherfa». Al quedar Lalita sin madre, la hermosa y bella señora de Pérez de Vargas se había encariñado tanto con la chiquita, que ésta vivía más tiempo en el palacio de los condes del Malojal que en su propia casa.

* * *

¡Qué lejano todo esto! ¡Cómo pasan los años!

El doctor Angélico acaba de cumplir cincuenta. «Un deseo irresistible—va escribiendo—me impulsa a estampar mis pensamientos, a confesarme con el papel antes que se desaten los lazos que me unen a la vida. Más grato me sería comunicarlos con un viejo amigo fumando un cigarro delante de una botella de viejo amontillado. Pero ¡ay! los amigos que escuchan son escasos.» Y piensa en las florecitas de oro «bordadas sobre el manto oscuro de la existencia»: los campos, las flores, las frutas, los besos de la mujer amada, las pláticas amables, las artes bellas, el champaña, los aromáticos cigarrillos...

Natalia, o Lalita como es llamada comúnmente, acaba de celebrar sus veinte gentiles primaveras. Es el «vivo retrato de su madre, no menos hermosa que ella», pero más esbelta, más alta: «un dije de salón, una figura de porcelana, la perfección de toda elegancia y gallardía; cuando aparece en el palco de un teatro o pisa la alfombra de una sala de baile, eclipsa como Sirio a todas las demás estrellas.» La miman, la agasajan, cual es de rigor hacer con la hija de uno de nuestros más grandes hombres, inteligencia poderosa y corazón de niño. El gran hombre muere, entre escenas de política dignas de nuestros pícaros clásicos... sin el ingenio de éstos. La jovencita queda huérfana y pobre. Pero «Dios que siempre había protegido a aquel hombre, envió a su lado un ángel que enjugó el sudor de su agonía

y le murmuró al oído una promesa consoladora. Murió feliz con la sonrisa en los labios. Llevaba al otro mundo una promesa divina y fiaba en la palabra de Dios. El ángel cumplió su prometido.» El ángel se llamó Leonor, bellísima condesa del Malojal. En la regia posesión campestre de *Los jarales*, Lalita halla su palacio encantado y el amor de dos padres fernisimos. Martín Pérez de Vargas y su esposa rivalizan en amar y festejar a la hija de Sixto Moro.

Angel Jiménez cumplió los cincuenta años, según se ha apuntado. Está, pues, en la edad de la perfecta serenidad de espíritu, sin sentirse todavía sin jugo el corazón. En su chiquito hotel ve deslizarse plácidamente la vida. Una vieja ama de llaves que le vió nacer, una cocinera y un criado le dan compañía. Lo despiertan los pajaritos que «cantan todos al mismo tiempo y no se estorban los unos a los otros. ¡Qué ejemplo para los poetas!» Lee, pasea, charla con los amigos, se siente dichoso porque es «viejo»: «Muchos hallarán esta afirmación que transmito en secreto al papel, paradójica; quizás la estimen como chanza, Para mí es grata verdad. Mientras arda la voluntad habrá resquemores. Por eso la juventud no puede ser feliz.» ¿Cómo no encontrar «claras, dulces, perfumadas» las horas de la existencia? Claro que no faltan las aciagas: el fallecimiento de Sixto Moro, hermano más que amigo, señala una de ellas; la «temida catástrofe» de los Pérez de Vargas es otra de las que dejan más huella... Y desaparecido por el momento el rastro perfumado de Lalita, apenas se advierte a lo lejos la risa encantadora de Mimí Rosal y su voz fresca que le dice:—¡Mala persona! ¡Guasoncillo!...

¡Ay! Angelito Jiménez, el que chiflaba a las nenas con sus «guasitas», apenas se interesa por el Arte y encuentra absurdo el trajín de la vida parisiense. Cansado de rodar durante unos meses por Italia, Austria, Holanda y Bélgica, tiene ansia de soledad. No halla a Natalia, y trata de disipar su melancolía visitando a los pueblecitos que circundan a París: Versailles, Marly, Englicen, Saint-Cloud, Meudon...

Pero Bellevue será desde hoy nuestro predilecto. ¿Por su aire embalsamado, por sus deliciosas calles, por sus pintorescos alrededores? No sólo por esto; principalmente, porque detrás del muro de un parque ha sonado la voz de la anhelada..., que se ha librado en estos meses «de peligros, de miserias, de humillaciones», merced a sus conocimientos para institutriz excepcional: «Aquella niña frívola, aturrida, caprichosa, se ha transformado en una mujercita sensata, paciente y valerosa. Sin duda la influencia saludable del trabajo y el legítimo orgullo de ganar con él su vida han operado esta dichosa transformación. Lo mismo sus modales que sus palabras han adquirido una dignidad que antes no tenían, y el silencio, el divino silencio, la envuelve a menudo con su manto protector.» Lalita inspira cada vez más ternura al Doctor Angélico; mas, ¿es amistosa y paternal como antes? Entonces, ¿por qué la impaciencia por las entrevistas, la desazón y placer de los besos, la enajenación por «la sonrisa de sus ojos?» ¿Se repetirán los casos de David, Sófoles y Goëthe? «Yo no soy santo, ni rey, ni poeta; pero he sido formado del mismo barro», medita don Angel Jiménez. No, no, se repite la historia. Natalia quiere al gallardo joven Bernal, que a su vez la adora. Y cuando el Doctor se halla más fuerte de su enfermedad, la boda se celebra. Los recién casados se han ido, con sus llantos y alegrías. «Cuando llegué a casa cai de bruces sobre la cama y pude dejar salir todas las lágrimas que tenía acumuladas.» A fe que era grande el tesoro de dolor de nuestro amigo inmortal...

Ya en Madrid, ¡qué conmiseración suscita el buen Angel! Recatadamente piensan los amigos y familiares del Doctor que sus días están cumplidos: «¡Qué malito estás!» Mimí, ya casada, lo tropieza en la calle; Mimí, aquella morenísima y menuda, pícaro, graciosa e insinuante; y, luego de cambiar impresiones, responde a la pregunta de si se hubiera casado con él hace un año: «—Pues bien, Jiménez, si usted me lo pregunta después de haberlo adivinado es usted un fatuo... y si no lo ha adivinado es usted el tonto mayor que he conocido en mi vida.» «¡Tonto,

sí, muy tonto!»—iba pensando. Como casi todos.—El cielo hace brotar a nuestros pies algunas florecitas que hollamos sin compasión para correr deslumbrados hacia otras que allá en lo alto brillan defendidas por agudas espinas; nos esforzamos por alcanzarlas, nos ensangrentamos las manos y al fin venimos sin ellas.» Así termina el *Diario*; poco después, su vida. Que Dios lo perdone; ¿y el mundo? «... lo más difícil de hacerse perdonar en el mundo es la superioridad de la inteligencia», ha dicho él mismo.

Doctor Angélico: nosotros *te perdonamos* tu bondad e inteligencia; y repetimos como una oración: ¡Que esa dulcedumbre de tu espíritu y esta luz de tu mente siempre nos guíen por los ásperos senderos!

ANGEL CRUZ RUEDA

Jaén.



La patria de Cristóbal de Villalón

La figura de Cristóbal de Villalón es no poco misteriosa. Tanto en su vida como en sus obras, el autor de *El Escolástico* ofrece lugares oscuros.

Los hitos que señalan concretamente la presencia de Cristóbal de Villalón, aparte de otros datos que puedan tenerse por autobiográficos en las obras a él atribuidas, son estos: En 1525 se hallaba en Salamanca, ya como estudiante, ya, previa la obtención de algún grado, en ejercicio de la enseñanza (*El Scholástico*, lib. I, cap. II). En 1530 era bachiller y desempeñaba en la Universidad de Valladolid la cátedra de repetición de Lógica (S. Rivera, REVISTA CASTELLANA, abril 1922). De 1532 a 1537 estuvo igualmente en Valladolid, años en que dió lección a los hijos de los condes de Lemos y sostuvo con éstos un pleito (Alonso Cortés, *Miscelánea vallisoletana*, 3.^a serie). Conti-

nuaba en Valladolid por los años de 1539, en que imprimió la *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*. En 1541 era ya licenciado, seguramente en Artes, y tenía algún otro grado en Teología (*Provechoso tratado de cambios*). De 1540 a 1545 figura también en la cátedra de Lógica de la Universidad vallisoletana (Rivera, *loc. cit.*) En 29 de junio de 1545 y en la misma Universidad, se graduó de licenciado en Teología (Rivera, *Revista Histórica*, enero-marzo 1924). En 1558 se hallaba en una aldea, dedicado a estudios de Sagrada Escritura y de Gramática (*Gramática castellana*).

Los demás datos biográficos de Cristóbal de Villalón se han deducido de las obras que se le atribuyen. Don Manuel Serrano y Sanz, a quien tantas y tan importantes investigaciones debe la historia patria, ha agotado en este punto todas las pesquisas.

Hállase en primer término lo relativo a la patria de Cristóbal de Villalón. Pedro de Urdemalas (supuesto Cristóbal de Villalón), dice en los comienzos del *Viaje de Turquía*: «Ya yo pensé que las ubierais ganado [albricias] de mi madre Maricastaña, que está diez leguas de aquí.» Estas palabras, sin duda alguna, han servido para conjeturar que nuestro escritor nació en Villalón de Campos o en Valbuena de Duero. Lo primero, en razón a su apellido; lo segundo, por la circunstancia de que en la información abierta por Cervantes en 1580, para justificar su buena conducta en el cautiverio, figura un Cristóbal de Villalón, natural de Valbuena.

El fundamento de la primera conjetura es desde luego muy liviano. El de la segunda, no ofrece mayor consistencia, porque, como dice Serrano y Sanz, «el Villalón compañero de Cervantes tenía en el año 1580 cuarenta y cinco de edad, y el autor de *El Escolástico* debía contar a lo menos sesenta, una vez que ya en 1536 había publicado, siendo bachiller, la *Tragedia de Mirra*.»

A la verdad, las citadas palabras de Pedro de Urdemalas referentes a su madre Maricastaña, más que la expresión de un hecho cierto parecen una simple broma. Así lo sospechaba yo.

cuando en uno de los índices del Archivo de la Real Chancillería vallisoletana (*Varela, olvidados, 313*), me encontré con la indicación del siguiente pleito: *Cuenca de Campos.—De Alonso Ramos con el Bachiller Villalón.*

El legajo en que había de hallarse este pleito, de seguro muy importante para el asunto que nos ocupa, es, por desgracia, de los que han desaparecido hace mucho tiempo. Pero creo que no debemos tener la menor duda: Cristóbal de Villalón, que siendo aún bachiller residía en Cuenca de Campos, nació seguramente en este pueblo. Y, en efecto, Cuenca de Campos dista diez leguas justas de Valladolid, ni una más ni una menos.

Creo que la cuestión referente a la patria de Cristóbal de Villalón está resuelta con esto; pero, por lo que hace al *Viaje de Turquía*, he de exponer algunos escrúpulos que tengo.

El cautiverio de Pedro de Urdemalas comenzó en 1552 y duró tres o cuatro años. Cristóbal de Villalón, el autor de *El Escolástico*, había de tener entonces sus 50 años, puesto que en 1525 ya estaba en los estudios de Salamanca. ¿Qué hacía él, licenciado en Artes y en Teología, en la armada de Andrea Doria? ¿Cómo había abandonado la enseñanza de humanidades, practicada sin interrupción durante muchos años, para embarcarse en las naves guerreras del Emperador? Cierto es—y hemos de consignarlo como argumento en pro—, que desde 1545 hasta 1558 no hay noticias de lo que se hiciera el autor de *El Escolástico*; pero reconozcamos también que a tal edad y en tales circunstancias la aventura bélica de Villalón parece un poco rara.

Y, en efecto, parece que el autor del *Viaje de Turquía* era joven al sufrir el cautiverio. Sus interlocutores, Juan de Voto a Dios y Mátalas Callando, habían sido sin duda alguna camaradas suyos—«nuestro hermano», le llaman—; sólo cuatro años, o poco más, hacía que no se veían al encontrarse cerca de Valladolid—«más ha de cuatro años que os teníamos con los muchos», dícele Mátalas Callando—, y, sin embargo, hablan de este modo:

«PEDRO.—¿En qué se han pasado todos estos años pasados

»después que yo estoy fuera d'España, que es lo que hace al caso?»

»JUAN.—Yo acabé de oír mi curso de Teología, como me dexastes en Alcalá, con la curiosidad que me fué posible.»

Es decir, que por los años de 1550 Juan de Voto a Dios—y no andaría muy lejos Pedro de Urdemalas—, cursaba Teología en Alcalá. Hacía ya años que había obtenido sus grados Cristóbal de Villalón, del cual no consta, por otra parte, que estudiara en la Universidad alcalaína.

Pedro de Urdemalas, según consta en varios lugares del *Viaje*, había estudiado una «poca de Lógica», entendía bien «las lenguas latina y griega» y era «buen filósofo»; pero desde que los azares de su viaje le obligaron a practicar la medicina, hizo propósito de ejercerla en España. En Bolonia, dice él, «diéronme con mucha honra el doctorado, con el qual estos pocos días que tengo de vivir (1), pienso servir a Dios lo mejor que pudiere».

Y, sin embargo, en 1558 publica Cristóbal de Villalón su *Gramática castellana*, y ni se llama doctor, sino licenciado, ni hace la menor referencia a su profesión médica, antes bien dice esto: «en los ratos perdidos y hurtados a mi confino estudio de la Sagrada Escritura que tengo en esta aldea, vine a soñar este borrón, en el qual presumo reducir a arte la lengua castellana en imitación de la latina y griega».

Esto parece terminante. Si, no obstante esta prueba evidente, queremos sostener que Cristóbal de Villalón es el autor del *Viaje de Turquía*, habrá que admitir una de estas dos cosas: o que las aventuras que Pedro de Urdemalas refiere a sus amigos no son auténticas, y ni fué doctor, ni médico, ni cosa por el estilo, o que, siendo ciertas y verdaderas, Villalón quiso encubrir en España su profesión de médico y su doctorado de Bolonia. ¿Puede aceptarse una u otra hipótesis? Sometemos la duda al lector.

(1) Estas palabras, en contra de las suposiciones hechas más arriba, pudieran indicar que Pedro de Urdemalas estaba ya en lo avanzado de su edad; pero también pueden ser una manera de decir corriente, que expresa lo contingente de la vida.

Entonces, ¿cómo explicar la peregrina coincidencia de que Pedro de Urdemalas tuviese su madre a diez leguas de Valladolid, y Cristóbal de Villalón residiera en Cuenca de Campos, que está situada a la misma distancia de aquella ciudad? Cosa es esta, en efecto, que deja el ánimo perplejo.

Y en este punto se ocurre otra pregunta. ¿Es posible que hubiera dos Cristóbal de Villalón (1), padre el uno e hijo el otro, naturales ambos de Cuenca de Campos, licenciado en artes y en Teología el primero, doctor en medicina el segundo? En tal caso, el padre habría residido de continuo en Valladolid, dedicado a la enseñanza, y sería el autor de la *Tragedia de Mirra*, de la *Ingeniosa comparación*, del *Provechoso tratado de cambios*, de *El Scholastico* y de la *Gramática castellana*; el hijo sería el cautivo de Sinán Bajá y habría escrito el *Viaje de Turquía*.

* * *

¿Pertenecen a Cristóbal de Villalón *El Crotalón* y el *Diálogo de las transformaciones*? Yo veo poquísimas probabilidades de ello. Acaso, para sostener la afirmativa, no haya habido más fundamento que las siguientes vagas palabras de Menéndez y Pelayo: «Del autor de *El Crotalón* nada se sabe. Don Pascual Gayangos me indicó la sospecha de que quizá lo fuera Cristóbal de Villalón, vallisoletano, autor de un *Tratado de cambios* y de un rarísimo libro rotulado *Comparación de lo antiguo y lo moderno*, que existe en el Museo Británico, y cuyo estilo e ideas parece que convienen mucho con los de *El Crotalón*. Esto, sin contar con la traducción del *Cristóbal* en *Cristóphoro*.» En el fondo no había otra cosa sino que el autor de *El Crotalón*, como el del *Tratado de cambios*, era erasmista. La sospecha podía pasar en tiempo de Gayangos, cuando aún no se había estudiado ese aspecto en nuestra literatura del siglo xvi. Hoy, con el

(1) Como haber, hubo a lo menos tres, de que ya di noticia en mi citada *Miscelánea vallisoletana*. Uno fué mercader, y vivió en Medina del Campo, Madrid y Valladolid; otro fué borceguillero y vecino de Valladolid, y otro curtidor y vecino de Salamanca.

En 1616 había un *doctor Villalón*, teniente de corregidor de la hermandad de Salamanca.

mismo fundamento que a Villalón, podría atribuirse *El Crotalón* a otros muchos escritores (1).

Ninguna otra razón hay para sostener que *El Crotalón* se deba a la misma pluma que *El Scholástico*. El cuentecillo del estudiante Durango—materia de *El Convidado*, de Lope de Rueda—, inserto en ambas obras, demuestra precisamente que el autor es distinto. Es de creer que si Cristóbal de Villalón hubiese repelido en *El Crotalón* la anécdota ya inserta en *El Scholástico*—obra que, por varias razones, parece anterior a aquella otra—, no hubiera llamado *Hierónimo* al personaje a quien antes había nombrado *Guillén*, toda vez que el hecho se da como histórico. Obsérvese que el narrador de *El Crotalón*, dice: «me contavan [el sucedido] *este día pasado*», dando a entender la proximidad de la referencia, cuando la verdad es que tenía presente el relato de *El Scholástico*, y aun repetía frases enteras.

En cuanto al *Diálogo de las transformaciones*, se ha atribuído a Villalón sin otras razones que sus semejanzas con *El Crotalón*.

No niego la posibilidad de que una y otra pertenezcan a Cristóbal de Villalón; pero entiendo que sólo para admitir esa posibilidad, no ya la certeza, será necesario alegar alguna prueba, siquiera sea de indicios. En otro caso, lo mismo podrán atribuirse a Diego Gracián, a Sebastián de Orozco o a cualquier erasmista español del siglo xvi.

* * *

Compruébase, pues, que la figura de Cristóbal de Villalón ofrece sus puntos misteriosos. Lo que ahora se puede dar por resuelto, en mi opinión, es lo relativo a su patria: fué Cuenca de Campos, la villa ilustre de los Condestables.

NARCISO ALONSO CORTÉS

(1) No podemos suponer autógrafos los dos manuscritos de *El Crotalón* y el de *El Scholástico*, que parecen ser de la misma letra. Probablemente se harían en Valladolid, donde a mediados del siglo xvi residía la corte y los hombres de letras más notorios. Consta, en efecto, que el de *El Scholástico* procede de la biblioteca del Conde de Gondomar.

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

ABATE A. LUGAN: *El gran poeta español del siglo de oro español, Fray Luis de León*.—New York, 1924.—Es interesante este libro, en que el Abate Lugan estudia a fray Luis de León en tres aspectos: *El Hombre; el Poeta; el Artista*.

Aunque no es este un trabajo de investigación, sino de amena literatura y crítica llana, el autor ha tenido presentes las obras capitales acerca de fray Luis (Blanco, Getino, Onís, Coster).

✻ E. CLEMENTE ROMEO: *Hálama*.—Bilbao, 1924.—Bellas son estas *canciones de serranía* de Esteban Clemente Romeo. Los que conocemos al autor, sabemos que pocos habrá como él tan pura e ingenuamente poetas; tan alejados de las cosas terrenas, tan sensibles y vibrátiles a los menores estímulos espirituales. Estos son los poetas. Y así oímos en todo este libro aquel eco sentimental y melancólico:

Hálama... Torre mora...
Torre ibérica un día...
Torre cristiana... Ahora
Torre de gañanía...

✻ JULIO CEJADOR Y FRANCA: *Historia crítica de la antigua lírica popular*.—Madrid, 1924.—Este tomo forma el V de la obra *La verdadera poesía castellana*, interesantísima antología en que Cejador ha coleccionado los más selectos primores de nuestra lírica popular.

En este volumen sostiene Cejador una teoría de gran trascendencia, es a saber: la lírica popular castellana fué la más antigua en España; de ella proceden la hispanoarábica, la provenzal y la galaicoportuguesa.

Debe creerse *a priori*, contra la opinión más admitida, que el pueblo castellano de la Edad Media no componía sus cantares en lengua galaicoportuguesa, sino en la suya propia. Eso de componer versos en idioma extraño podrán hacerlo alguna vez los eruditos; nunca el pueblo. Y, en efecto, así lo evidencia Cejador en su libro con abundantes y poderosas alegaciones.

Más discutible podrá ser la opinión de que las otras líricas, y en especial la provenzal y la galaicoportuguesa—pues respecto a la hispanoarábica se ve probabilísimo—, procedan de la castellana. En todo caso, Cejador acumula tal suma de datos, que el libro de que hablamos viene a ser fundamental en tan importante materia.

✦ FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN: *A la antigua española*. — Madrid, 1924.—Versos de la cepa clásica son éstos de Rodríguez Marín, el gran escritor que, por ser poeta, es otras muchas cosas más. ¿Que hay una especie de poesía, de tales o cuales caracteres, que responde a los latidos del alma moderna? Bien; pero no por eso dejarán de ser bellos esos sonetos, ricos en tonos y matices, ni esos madrigales, rebosantes de sentimiento. En poesía, como en todo, hay valores fundamentales y estables, que en todos los tiempos han de reconocer los hombres de buena fe, y hay adherencias deleznable y artificiosas, que mueven la sonrisa de presentes o de venideros. Las poesías de Rodríguez Marín están forjadas con los primeros. Recordemos al lector, para deleitarle de nuevo, uno de los sonetos:

¿CUÁNDO?

Va extendiendo la noche lentamente
 Sus sombras, de mi llanto tutelares,
 Que ya en el ancho espejo de los mares
 El moribundo Sol hundió su frente.
 Así, después que claro y sonriente
 Vertió en mi alma dichas a millares,
 Se sepultó en el mar de mis pesares
 El sol de mis delicias esplendente.
 ¡Rey de los astros!, dulce precursora,
 A anunciarte vendrá la Aurora fría,
 Que, ostentando rubíes, perlas llora.
 Pronto abrirá las puertas a otro día;
 ¡Ay! pero ¿cuándo lucirá la aurora
 Que anuncie el muerto sol de mi alegría?

✦ ANGEL CRUZ RUEDA: *Palacio Valdés (Estudio literario)*.—Jaén, año 1924.—Es nuestro colaborador Angel Cruz Rueda uno de los críticos que más honda y concienzudamente han estudiado al autor ilustre de *La hermana San Sulpicio*. Bien lo demuestra el estudio a que aquí nos referimos, no por breve menos cabal y exacto. El lector encontrará en él, con una biografía concisa del novelista, un examen cronológico de su obra. Cruz Rueda—que en admiración a Palacio Valdés usa el pseudónimo de *El Doctor Angélico*—, ostenta una vez más en este trabajo sus admirables dotes de estilista.

✦ MARCELA VIoux: *La Efímera*.—Madrid (*Mundo Latino*), 1924.—«*La Efímera*—dice de esta novela nuestro colaborador don Angel Doctor—, es la «más novela» de las tres obras de Marcela Vioux. No tan dulce ni apasionada como *La arrepentida*, ni tan violenta y cruda como *Una desgraciada*, hay en ella verdadera y armoniosa unidad de acción novelesca, bellamente delimitada. Tanto la descripción del ambiente, el

paisaje y las costumbres de una de las regiones francesas del Sur, como la pintura de los personajes y, principalmente, de la desgraciada protagonista, cuya vida justifica aquel título, subyugan honradamente.»

☞ ANTONIO MACHADO: *Nuevas canciones*.—Madrid (*Mundo Latino*), año 1924.—La figura del poeta propiamente tal, el poeta en esencia, libre de todo contagio *ferreno*, está encarnada actualmente en Antonio Machado. Pocos poetas ha tenido el parnaso español que pudieran proclamar con tanta justicia al *Est Deus in nobis*...

Por eso en Antonio Machado la parte puramente externa, el verso, es cosa secundaria. Él es siempre poeta. Cuando quiere, cincela las estrofas; cuando no, infunde sus ideas, como al desgaire, en cuatro líneas. ¿Qué más da? El alma de la poesía, que es siempre una, pese a los que quieren monopolizarla, palpita siempre en sus versos.

Las *Nuevas canciones* se caracterizan, pudiéramos decir, por la síntesis; no ya sólo en el uso conciso de las palabras, sino en la concentración de ideas, que llega a su grado máximo. Estamos muy lejos de creer que esto obedezca a ciertas influencias japonesas—traídas a nuestra poesía la primera vez, si no nos equivocamos, por el óptimo poeta mejicano José Juan Tablada—, y lo tenemos más bien como avidez espiritual de nuestro excelso poeta, que por poseer lo que es imponderable e incoercible, quiere encerrarlo en el menor espacio. Otro aspecto interesantísimo de las *Nuevas canciones* es el folklórico. Hay aquí una peregrina conciliación entre la musa tradicional del pueblo—la que componía villancicos en versos asimétricos—y la musa egre-gia del poeta culto. Y no olvidemos el elogio de esa admirable pieza *Olivo del camino*, con que se abre el libro, a la que se puede augurar la consideración de clásica.

☞ ALFRED COESTER: *An Antology of the Modernista Movement in Spanish America*.—Boston, 1924.—Alfredo Coester, profesor en Stanford University y conocedor perfecto de la literatura hispano-americana, ha publicado la muy útil antología cuyo título queda copiado. En ella están incluidos los más notables poetas—y algún prosista, como Rodó—, que representaron en América al movimiento modernista, desde Salvador Díaz Mirón hasta Guillermo Valencia. Precede a las poesías una introducción con datos sobre la citada escuela poética y mecanismo de la versificación castellana.